

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pes
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 . .
 Extranjero . . . 1'50 . .

Otra vez los Balkanes

Cansados de la horrible matanza llevada a cabo en término de pocos días por los Estados balkánicos y Turquía, decidieron descansar unos días y se proclamó un armisticio. Medio asfixiado por los vapores de sangre de que estaba saturado el ambiente, decidieron desinfectarse los directores de la matanza y se reunieron en Londres, reemplazando las armas por la astucia, pero con el decidido propósito, por los que se creyeron más fuertes, de continuar la explotación del débil.

Y como demostración de los instintos pacíficos que les animaban, manifestaron que no reanudarían las hostilidades si Turquía accedía a sus pretensiones.

La imaginación popular circundó con la aureola de «ladrones honrados» a Diego Corrientes y Luis Candelas, porque cuando podían evitaban el derramamiento de sangre.

Pero los llamados Jóvenes Turcos no se avenían al despojo que quería realizar la cuadrilla de serbios, montenegrinos, búlgaros y griegos, y dieron un golpe de Estado matando al ministro de la Guerra turco y a sus ayudantes, reduciendo a prisión a los demás ministros y formando un nuevo ministerio contrario a la cesión de Andrinópolis y favorable a morir luchando antes que entregar parte del territorio.

Los modernos aventureros, que ya habían trazado sus planes sobre el casi seguro botín, al ver el nuevo sesgo que ha tomado el asunto, han roto las negociaciones y como la astucia no les ha dado el resultado apetecido, vuelven a tomar las armas, y cuando estas líneas hayan sido publicadas, el cañón y la dinamita serán los encargados de resolver el asunto.

Pero dado nuestro criterio completamente contrario a la guerra, nuestro objeto al escribir este artículo es señalar el hecho de que las guarniciones, ni los habitantes de las plazas sitiadas o bombardeadas, no se resignan a morir estúpidamente por el fanatismo o por el cálculo de los jefes de las fuerzas.

Estos se juegan su porvenir en la entrega o defensa de la plaza, mientras que los vecinos y los soldados sólo se juegan la vida. Si el triunfo acompaña al Pachá, éste será colmado de honores y elevado a la más alta jerarquía; el pueblo continuará viviendo en la esclavitud, tanto si triunfa en la guerra como si es derrotado.

Por eso nos llenó de zozobra el contenido del despacho que el gobierno derribado en Turquía recibió del general encargado de la defensa de Andrinópolis, cuyo despacho dice:

«He sabido que el Gobierno piensa ceder esta plaza, tan bravamente defendida, a Bulgaria.

Me opongo a ello. Si me ordenan la rendición haré salir de Andrinópolis a la población civil, y cuando todas las casas estén vacías, así como las mezquitas, volveré contra unas y otras los cañones de los fuertes.

Y convertiré Andrinópolis en un montón de ruinas.

Luego seguiré defendiéndome en las fortalezas y reductos mientras me quede un cartucho y un hombre.

Y los búlgaros no me cogerán vivo.»

La prensa burguesa, sin excepción, ha acogido el anterior despacho alborozada de tanto valor y descubriéndose ante tanta grandeza. Nosotros que no creemos a ningún hombre, por grande que sea y elevado que se encuentre, con derecho a disponer de la vida de sus semejantes, lo consideramos como un baldón de ignominia, pro-

pio de quien por haber abdicado de su personalidad ha perdido todo sentimiento de humanidad.

Tal es la brutalidad de la guerra, que antes que entregar la plaza prefirió convertirla en un montón de ruinas y sacrificar hasta el último soldado.

A pesar de nuestra zozobra, confiábamos en que los soldados turcos discrepan por completo del criterio de sus jefes y el derecho a la vida lo consideran anterior y superior a las exigencias de la patria. Teníamos presente el hermoso artículo publicado en el número 140 con el título *El triunfo de la bestialidad*, que refiriéndose a los ejércitos beligerantes en los que la borrachera patriótica ha borrado en ellos hasta el instinto, convirtiéndoles en eunucos serviles, dice:

«Los turcos son más cultos, más elevados. Huyen, quieren salvar su vida. Se insurreccionan. ¿Quiere esto decir que sean más débiles o más cobardes que cuando se batían con los rusos? No. Significa que la evolución ha ejercido sobre ellos una influencia que búlgaros, serbios, montenegrinos y griegos no han sentido.

Se acercan más a nosotros, a nuestros sentimientos, a nuestra mentalidad. Tienen el presentimiento, la intuición o la idea vaga, de que se batían por y para los otros, de que refuerzan los eslabones de la cadena que les esclaviza... Y oyen una voz oculta, secreta, misteriosa, que les dice al oído: «Ve a casa donde dejaste tus padres, tu compañera o tus hijos luchando solos con la miseria más espantosa. Mientras tus balas asesinan en nombre de la patria a esa multitud que tienes delante, esa misma patria deja morir de hambre a los seres que te son queridos.»

Las convulsiones intensas de su país durante los últimos cuatro años les han enseñado alguna cosa.»

Y nuestra confianza ha tenido confirmación, pues según comunican de Sofía a *Le Matin*, reina viva efervescencia, en Andrinópolis, y tanto los paisanos como los soldados piden que se acuerde la capitulación. Varios jefes han sido asesinados ya.

Y como confirmación de la máxima de Tolstoy: «Cuando los soldados se nieguen a hacer fuego sobre sus hermanos, a los oficiales no les queda más remedio que envainar la espada y retirarse», leemos en la prensa diaria un telegrama en el que anuncia que en los círculos diplomáticos se espera que estén los delegados en Constantinopla, creyéndose que el lunes, día de la llegada, Turquía cederá Andrinópolis.

Si así ha ocurrido habremos presenciado el hermoso espectáculo de que ha triunfado el humanitarismo de la paz sobre la bestialidad de la guerra.

Y los ladrones de la banca, que en la continuación de la guerra veían un negocio brillante; los bancos alemanes que ofrecían dinero abundante para enriquecerse con los despojos de los vencidos, han de convencerse de que la fuerza del dinero sufrirá la derrota de la fuerza del trabajo.

Sólo los soldados y el pueblo turco han estado a la altura de su misión. Vencida Turquía o vencidos los Estados balkánicos, siempre quedará para ellos la patria del trabajo.

Los trabajadores de Alsacia y Lorena no han podido explicarse el por qué de los sacrificios realizados. Explotados eran bajo la dominación francesa y explotados son bajo la dominación alemana.

El actual conflicto de los Balkanes, por lo que se refiere a los soldados turcos, ha legado a la posteridad una hermosa enseñanza. ¿Será aprovechada?

gente que emplea para hacer pasar a la caja del gobierno el dinero de los contribuyentes. Un gobierno tiene interés en recaudar mucho, recaudar tanto como pueda. Cuanto más recauda y mayor número de gente puede vivir en su comecero, mayor es el número de los que le sostienen.

De este modo, el gobierno aumenta todos los años sus gastos e inventa cada año nuevos pretextos para dejar limpios los bolsillos de los contribuyentes.

En los gastos, el gobierno sigue el mismo sistema que adopta para ingresar los fondos. Por un trabajo que a un particular les costaría diez, el gobierno gasta ciento.

Principiando por los ministros y diputados que reciben la prebenda para proponer y votar una ley ferroviaria u otra semejante, todos aquellos que tienen las manos en la masa se llevan alguna cosa y Juan del Pueblo paga siempre.

Y no es esto todo: cuando el gobierno, para

hacer frente a sus gastos y derroches, impone impuestos sobre la tierra, las casas, mercaderías o industrias, los alquileres, los arriendos y precios de todas las cosas aumentan; y con el aumento de los impuestos disminuye el consumo, se restringe la producción y los rentistas, arrendadores, abogados y jueces engordan de lo lindo, mientras los campesinos que viven cultivando una pequeña porción de terreno, se ven expropiados y reducidos, ellos y sus familias, a la mendicidad.

Ahora bien; si no fuera por alguno que otro trabajo público, algún ferrocarril, una escuela o servicio postal, el gobierno no tendría razón de existir.

Pero todas estas cosas se pueden hacer lo mismo por los particulares o por grandes asociaciones, o por acuerdos entre todos los interesados. No faltan ejemplos en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Suiza y en otros países.

Sólo que el gobierno pretende tener una alta misión que cumplir, una mayor razón de existir.

Se ha hecho el guardián del orden, el defensor de la justicia en la sociedad. Pretende impedir los delitos y reprimir las diferencias que surgen entre los ciudadanos. En una palabra, adota la espada de árbitro supremo entre los ciudadanos y se llama a sí mismo el garantizador de la paz social.

Ann bajo este aspecto, el gobierno no es nada. La fuerza de que dispone se compone de ciudadanos en su mayoría obreros. Son éstos los que mantienen «el orden», defienden las propiedades, hacen cumplir las sentencias de los jueces y las órdenes de los ministros.

Para impedir los delitos y para resolver las disputas entre los ciudadanos, los obreros no tienen necesidad de gobierno alguno, ni de códigos llenos de artículos, ni de abogados expertos en las argucias propias de la profesión. Los ejemplos de las sociedades en que los hombres han vivido en paz y buena armonía, sin legisladores ni policías, no faltan; los gobiernos únicamente son buenos para vengar los delitos cuando se han cometido y para vender muy cara la justicia a los litigantes.

Además, ¿qué clase de justicia, orden y paz es esta que los gobiernos cometen muchos más delitos de los que previenen, protegen a los grandes delincuentes, e impiden a sus víctimas la defensa?

Los capitalistas pueden aplastar impunemente a los obreros o reducirlos al hambre; los comerciantes pueden envenenar a medio mundo; los rentistas pueden robar a mansalva; los burgueses libertinos pueden seducir y engañar a las muchachas pobres; los políticos pueden sobornar a los electores de modos diversos.

El gobierno les deja hacer, y a la menor señal de descontento de los obreros, a la menor intención que éstos tengan de hacer justicia popular, el gobierno interviene con sus soldados, con sus policías, con sus jueces pagados, con sus espías, y oprime a los ya oprimidos y remacha las cadenas a los obreros.

El gobierno es el servidor de los burgueses, el enemigo de los trabajadores, el que reduce al hambre al pueblo.

El gobierno es la peste de la sociedad.

s. MERLINO

Utopía burguesa

Nuestro amigo James Guillaume, autor de los *Bosquejos históricos*, que, traducidos por un compañero que usaba el pseudónimo de Dr. Omblaga, fué editado hace ya muchos años por la Federación local barcelonesa de La Internacional, ha dirigido la siguiente interesante carta a M. Buisson, diputado francés, que tomamos de *La Bataille Syndicaliste*:

París, 28 enero 1913.
Querido amigo: He leído atentamente la exposición en que se lunda vuestra proposición de ley sobre la igualdad de los niños ante la instrucción. Ya en *La Bataille Syndicaliste* Hormel rindió homenaje al sentimiento generoso que inspira la proposición, indicando al mismo tiempo su carácter utópico, aunque sin señalar suficientemente el punto débil del proyecto, cuya consecuencia práctica sería exactamente lo contrario de lo que desea su autor. En régimen capitalista, vuestro plan daría por resultado extraer del proletariado obrero y agrícola sus más inteligentes elementos e introducirlos en la clase dirigente.

Explicáis perfectamente que en la actualidad, los niños de gran inteligencia hijos de pobres, «que seguramente llegarían a ser hombres de gran mérito», han de abandonar forzosamente la escuela para empujar la herramienta de trabajo. Fuerzas perdidas, decís. Pero si esas inteligencias pudieran cultivarse y fueran, por la aplicación de vuestro sistema de exámenes y concursos, a reforzar la clase dirigente, y el proletariado se viera despojado de su flor intelectual, ¿pensáis que se habría acercado el ideal igualitario? No: habríais consolidado el reino del capitalismo, feliz por haberse apropiado las capacidades extraídas del pueblo concediéndoles un sitio entre los privilegiados.

Por mi parte sólo veo una cosa haciedera, en materia de educación, mientras vivamos en régimen capitalista: transformar la escuela primaria, de conformidad con la nueva tendencia que se desarrolla entre los profesores sindicados, en un verdadero instrumento de emancipación para los hijos del pueblo, que son sus únicos clientes,

preparando así una generación de trabajadores que no crean ya en la democracia gubernamental ni en todas vuestras instituciones políticas, decididos a luchar a fondo por la abolición del salario.

Para la educación de los reclutas del ejército del sindicalismo obrero y campesino basta la escuela primaria emancipada.

Y este mismo ejército, por efecto de las acciones de la lucha diaria y la adquisición progresiva, por los adultos y no por los niños, en posesión de los conocimientos técnicos, no resultará inferior a la tarea que el presente le exige y que le reserva el porvenir.

En cuanto a la instrucción íntegra, su día no puede venir hasta después de la supresión del salario, cuando los sindicatos, habiendo tomado en sus manos toda la producción y reorganizando el consumo sobre una base comunista (es decir, puramente distributiva y no mercantil), habrán emancipado realmente a los trabajadores hoy explotados. Entonces la instrucción podrá ser recibida por todos, a proporción no de su situación económica (puesto que todas las situaciones serán equivalentes), sino de sus aptitudes intelectuales.

Os saluda cordialmente.

JAMES GUILLAUME

La huelga general en Bélgica

Preparémonos a ver los desastrosos efectos de la desviación socialista.

En Bélgica, donde la cooperación y la política han levantado un gran obstáculo a la buena orientación emancipadora del proletariado, se trata de mixtificar la huelga general empleándola por segunda o tercera vez para exigir el sufragio universal.

Hartos de ver a los socialistas parlamentarios en todas partes oponerse a la huelga general como supremo recurso obrero de transformación económica, posponiéndola a la base múltiple (cooperación, ahorro, jubilación y demás monsergas conservadoras del salario y la acción), vemos a los socialistas belgas, que ya llevaron no hace muchos años al pueblo al matadero por la huelga general política, persistir en el mismo error, amenazando con ella al gobierno en el parlamento, en la prensa obrera y en los mítins de propaganda si no se hace la reforma electoral pedida.

«¡Un hombre, un voto, o no se trabaja!» Eso, a título de exposición doctrinal o de formidable amenaza, han dicho en la Cámara legislativa los diputados socialistas, y no diremos diputados obreros, porque son abogados o ricos de profesión, que no cobran jornales sino que los pagan por ejercer el derecho de acción.

Le Peuple escribe en caracteres bien visibles: «¡Viva la huelga general! La suerte está echada!»

Ansele, diputado, ha hecho elocuente la apología de la huelga general, entre los aplausos de la minoría socialista y las exclamaciones de espanto de los clericales y ricachos de la mayoría. Y eso han repetido en los mítins con el aplauso entusiasta de la multitud.

Parécenos que los socialistas belgas lle-

van al fracaso o al escepticismo, a través de sangrientos peligros, a los trabajadores: persisten en poner la política sobre la economía, olvidando que La Internacional proclamó y demostró que «la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político.»

Y si no se hubiera demostrado teóricamente, ahí está la práctica demostrándolo con triste evidencia en todas las naciones democrático-parlamentarias, donde los electores pobres pasan la pena negra.

En España todo hombre es elector, como quieren los socialistas belgas, y hambrientos y desesperados huyen de la patria los ciudadanos, despoblando aldeas y ciudades en proporciones terribles, buscando pan y trabajo, después de solicitarlo en vano hasta en manifestaciones públicas que causan horror y vergüenza.

Hay que rendirse a la verdad: ante todo, en manos de los socialistas parlamentarios la huelga no es, no puede ser general, y tiene los inconvenientes de la huelga parcial, porque deja en la indiferencia y, por consiguiente, en la insolidaridad al proletariado extranjero, y en la enemistad al proletariado sindicalista y anarquista nacional que ve en la huelga por el sufragio una mancha burguesa.

Entiéndanlo bien los obreros que se alían en sociedades obreras con objeto de obtener mejoras inmediatas y su emancipación social futura, y se alían a partidos obreros para votar diputados obreros que conquisten los poderes públicos, la huelga general proclamada por los jefes del socialismo parlamentario tiene doble significado, a saber:

- 1.º La impotencia de la alcañica resistente.
- 2.º La mixtificación de la huelga general.

Con lo primero resulta patente que la democracia social de la base múltiple ha perdido y pierde el tiempo miserablemente.

Lo segundo es peor aún, porque evidencia que los caudillos de la mala llamada democracia, vista la impotencia del recurso legal y pacífico, recurren al procedimiento positivo para desvirtuarlo en medio de la represión y de la insolidaridad.

Escrito está con caracteres indestructibles y brillantes para guía de toda inteligencia recta y noble:

«La sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material;

«Los esfuerzos emancipadores han fracasado por falta de solidaridad profesional, local, nacional e internacional.»

Y mientras esas letras ostentan el prestigio de la verdad, los jefes socialistas parlamentarios merecerán el calificativo de enbaucadores, y las corporaciones obreras que les sigan no serán sociedades ni sindicatos en su verdadera significación, que deja a los socios o sindicados la determinación racional de su voluntad, sino legiones de abúlicos regidos por la rigidez reglamentaria y la arbitrariedad de sus mandamientos.

ANSELMO LORENZO

El movimiento de Austria

Los camaradas mejicanos comprenderán pronto la situación del movimiento obrero revolucionario en Austria, puesto que en la persona de Porfirio Díaz, han visto durante largo tiempo cómo la funesta influencia de un solo hombre ejerció un efecto retardatorio sobre el desarrollo revolucionario de un gran país.

El Díaz austriaco aún está en el poder; es el doctor Victor Adler, jefe de los demócratas socialistas.

En una época, ya hoy remota, 1881-1884, los obreros austriacos, hasta entonces dóciles demócratas socialistas, habían casi unánimemente seguido el impulso dado por Most en su «Freiheit» y secundado por los anarquistas alemanes, entonces muy poco numerosos, y se habían hecho francamente revolucionarios y anarquistas.

Pero después de algunos actos terroristas, se sucedió una represión gubernamental que, como tal, hirió a todos los hombres enérgicos, o los arrojó al destierro, dejando algunos grupos que lucharon clandestinamente, hasta que cayeron víctimas de las trampas policíacas y así transcurrieron algunos años en medio del silencio del cementerio.

Fué entonces cuando surgió el doctor Adler, experto político, quien supo, se debe reconocer, hacer colomar de nuevo en este destierro la hierba seca de la democracia socialista. El gobierno no pudo menos que alegrarse de ver así dirigidas las fuerzas revolucionarias, bajo la tutela de un hombre que ellos sentían instintivamente ser uno de los suyos, un hombre de Estado en embrión, nunca un rebelde.

Los obreros se vieron tan confundidos a la aparición de la libertad que una agitación legalitaria les permitía imaginarse, que se unieron para amalgamarse todos, los revolucionarios de 1881-1884, también, en el partido demócrata socialista, reconstituido al fin en 1887.

Después, se han pasado largos años en la

«lucha» por el sufragio universal, en vigor desde 1907; se pasa ahora el tiempo en luchas locales por el poder político, ¡estaturas de personas y otras cosas que hacen olvidar hasta la última palabra de socialismo.

Los sindicatos obreros están muy desarrollados, pero se encuentran enteramente en manos del partido de Adler y sus amigos. Adler, después de largo tiempo en el Parlamento, tiene la reputación de ser el más bellico táctico de los demócratas socialistas de todos los países.

Se la ha merecido. El pondrá en sus bolsillos a Bebel, Jaurés y Bernstein a todas horas; su arte consiste—él mismo lo ha proclamado—en nadar entre las dificultades, nunca cortarlas. El sabe poner fin a toda discusión, a todo crítica, por resoluciones que dan a los socialistas teóricos más rigurosos que se figuran aún ser revolucionarios, toda clase de satisfacciones platonías, pero por un juego de manos que es su secreto, esta resolución llegará infaliblemente a una conclusión anónima; que él debe hacer que todos queden fieles a los principios eternos.

Desde hace veinticinco años todo hombre enérgico e inteligente que ha surgido del proletariado o salido de la juventud estudiantil, ha sido cautivado por Adler, confundido, adulado, y después de que se ha incorporado en su sistema, él ha sabido destruirlo, fatigarlo por intrigas y hacerlo desoír por sus sicarios.

Algunos de ellos han llegado a la anarquía; en lo general, él ha sabido hacer una eliminación sistemática de talentos y energías.

El hombre dócil, domesticado, encuentra ante él, pues, una carrera en la organización política o en el sindicalismo, en el periodismo obrero, etc., y la suprema esperanza se forja en la curul del diputado que será un día el sillón del ministro.

Este sistema ha creado tal abundancia de «chef en herbe», que, apoyados de influen-

El gobierno

Los gobiernos tienen la pretensión de que hacen el bien del pueblo, mejor aún, pretenden que ocupan el puesto que ocupan por la «voluntad manifiesta» del pueblo.

Pero cuando llega el día en que los pueblos demuestran el deseo de libertarse de este obstáculo, entonces los gobiernos se obstinan en permanecer en sus puestos, y hasta emplean la fuerza, las bayonetas y los cañones contra el pueblo soberano.

Respecto al bienestar que nos hacen, he aquí de qué se trata:

Un gobierno no tiene nada suyo: todo lo que posee procede de los ciudadanos. Con esta diferencia: que un gobierno, para recaudar «uno» de los ciudadanos, les toma «diez», los nueve restantes van a parar a los recaudadores, a los ujieres, a la policía y la fuerza que dispone, a los usureros, a los abogados, a los jueces, a los periodistas, en suma, a toda la